



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12408

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jora.—Tres meses 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 1.^o de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración Mayor, 24

SABADO 7 DE MARZO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorelle, rue Cassin, 11.
61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL
37 AÑOS DE EXISTENCIA
SEGUROS sobre LA VIDA —SEGUROS contra INCENDIOS.
Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA Caballeros 15

Oído á la caja

En nuestro número de ayer in-
seríamos el programa de las fiestas
que celebrará Lorca la venide-
ra Semana Santa. Aparte algunos
festejos profanos que no atraerán
un solo forastero, se celebrarán
las tan hermosas procesiones que
son la admiración de todos, de
propios y extraños.

En Murcia se prepara también
un programa lucido. Habrá toros,
cabaletas históricas y otros festejos
de gran lucimiento, amén de las
fiestas religiosas á las que dan
gran realce las imágenes de Mal-
zillo.

A ver unas y otras irá mucha
gente y vendrá de Madrid un tren
lujoso, con lo cual Lorca y Murcia
sacarán la tripa de mal año.

En tanto, Cartagena tendrá
que tomar lo que le dan y donde
se lo dan, es decir, en la ciudad de
las siete coronas y en la ciudad del
sol.

Porque esto no se afirma, per-
manece en reposo y en silencio
como si esa quietud no fuese sínto-
ma mortal.

Los californios siguen esperando
que los guemios hablen y según
nuestras noticias permanecen mu-
dos. Si duda no les tiene cuenta

que haya procesiones o esperan
que, como otros años, vayan a so-
litarlos á sus domicilios los co-
frades.

Todo se andará, por que, aun-
que parezca mentira, hay un pro-
cesionista cuyo entusiasmo no se
enfria a pesar de esta glacial indi-
ferencia que sienten los interesa-
dos en que haya procesiones. Pre-
cisamente ayer vimos una comi-
sión de cofrades y supusimos que
iba explorando voluntades.

Y ocurrirá lo que todos los años:
muchos ofrecerán por compromiso
capdidades ínfimas; algunos, darán
un, no como una casa, por todo do-
nativo y los paticionarios se sacri-
ficarán una vez más, protestando
que será la última y afrontando
el déficit que resmte luego.

¿Puede ser eso justo? ¿Es ni si-
quiera conveniente para asegurar
la celebración de procesiones en
los años futuros? No lo es, no. Lle-
ga ya día en que los procesionistas
se consen, que al fin y al cabo los
desengaños producen su efecto y
entonces, no ya salir a explorar
voluntades ni llamar a los gre-
mios para solicitar su ayuda, pero
ni siquiera la aceptaran ofrecida
voluntariamente.

De los marrajos no sabemos na-
da; ni aun el elemento joven que
ha sido los años pasados el que se
ha movido para arrastrar á los
reacios, se mueve en este instante.

Y el tiempo pasa, el plazo se
acorta, el entusiasmo procesional
no se despierta, ni los grandes
ofrecen su concurso.

¿Qué se espera? ¿Que se echo la
semana santa encima y ya no que-
de tiempo para nada?

Pues habrá entonces que tomar
lo que den en la sultana del Segu-
ra y la ciudad del Sol. Y como lo
que ofrecen en ambas poblaciones
son programas lujosos de fiestas,
a presenciarlas marcharán los car-
tageneros dejando la ciudad de-
sierta.

Todavía es tiempo; pero si pasa
una semana más, se habrá hecho
imposible la celebración de proce-
siones, aunque para sacarlas se
presté la mayor ayuda.

Entonces será tarde.

CANTANCIAS

Lleno de sombras y nubes
aquel día amaneció,
pero más sombra de júbilo
dentro de mi corazón.

Vivo sin querer vivir
que en mi vida hallo la muerte
pues seran penas mañana
las esperanzas que ofreces.

He llorado aquel amor
como se llora á un cadáver
que en el mundo se adora.

Eres lo mismo que el perro
que en el cortijo tenias,
que á todo el mundo ladraba
pero á ninguno mordía.

Al cartero de mi calle
le voy tomando cariño
solo porque de sus manos
las cartas tuyas recibo.

De cuantos besos he dado
el más tierno y el más grande

Esta «luna», ha sido una de las más ne-
fastas. Apenas pasa día sin que ocurran
atropellos de tranvías ó camuajes, crimi-
nes espantosos ó siniestros tremebundos.
Los periódicos anuncian el fallecimiento de
personalidades ilustres, y sus cuartillas pla-
nificadas parecen empujadas de tantas cruces
negras como exhiben, coronando las oca-
siones mortuorias. Buena entrada de Cupe-
ma!

Tristezas primaverales

Esta «luna», ha sido una de las más ne-
fastas. Apenas pasa día sin que ocurran
atropellos de tranvías ó camuajes, crimi-
nes espantosos ó siniestros tremebundos.
Los periódicos anuncian el fallecimiento de
personalidades ilustres, y sus cuartillas pla-
nificadas parecen empujadas de tantas cruces
negras como exhiben, coronando las oca-
siones mortuorias. Buena entrada de Cupe-
ma!

Ya estamos en pleno imperio de las espi-
ritas y del bardo. La carne huye á la
vz de nuestras mesas y de nuestras con-
ciencias.

Todo para el sepulcro, para los gusanillos
de las tumbas! La negra da vivir pa-
rece un crimen en nuestro idioma; hay
que ponerse bien con Dios, después de ha-
ber festejado al diablo.

Hasta el tiempo, hermoso y espléndido
durante el pasado Carnaval, tiene mal cariz.
Algunas briznas, precursoras de nubes,
los pléticos de agua, obscurecen la at-
mósfera, contribuyendo á poner las satia-
facciones en esa penumbra tan propia y
adecuada del período cuaresmal.

Se van muriendo los pocos hombres que
tenemos, y ya quedando, como
dijo el otro, «lo peor de cada casa». En es-
ta especie de desfilé tenebro, se ha podido
comprobar que la Gran Teta, esto es, la se-
ñora de la guadaña, no distingue de color
res, ni el blanco corto, ni el hilo de la batistita
por la derecha que por la izquierda. Los
buecos se van en todas partes.

Y eso que vamos hacia la primavera!
¡Da pena considerar que ahora, cuando las
violentas se abren y aparecen los primeros
capullos de flores, sea cuando se cierran
para siempre los ojos de tanto «procto»! Las
semanarias rituales, los sillones académicos,
los puestos prominentes que van que-
dando varantes en la política, la literatura,
las artes, etc., son demasiados numerosos.
La estadística necrológica es terrible!

En los preludios otoñales, cuando cae la

leja y soñoliento preparándose para ab-
jurar el pecado que se resigne uno más á su
clonante á la pérdida de los estallidos per-
sonales, pero ahora no.

¿Qué consistirá que ahora, cuando se
gda modismo vulgar tanto «pájaro» que
dos y no la entrada del invierno? ¿Basta
so que la primavera es incompatible con
esos venerables señores, que tantos días de
gloria, cada cual por su estilo, han dado
á la patria, y que por el contrario, el in-
vierno es enemigo acérrimo de las natura-
leza ondulantes que principian.

Recuerdo que en pleno otoño, y al tiempo
de la lluvia, fueron los jóvenes los que
según locución ya demodada usaban, ape-
gaban el patio en contrastes, de la existencia
cía!

Penetramos en la Cuarema, con la gran
ma emoción que los viajeros de un tren en
un túnel demasiado largo. De la plena luz
del pleno sol, del pleno día, pasamos casi
bruscamente á las tenebrosidades de la no-
che más profunda.

La espléndida luz solar queda subitimen-
te por un débil farojillo de aceite. Mientras
el gigante de hierro, se desliza y avanza
dentro de su agujero, parece que la vida
queda en suspenso y el corazón experimenta
ta indecibles angustias.

Por la luz natural, y por las tinieblas
se van disipando á medida que el tren se
aproxima al agujero de salida y llega un
momento en que dejamos atrás el túnel
recobrando el pleno de la naturaleza viva.
¡Resurrección!

¿Qué lejos está todavía el domingo de
Resurrección?

LAS CUENTAS DE LA CHAQUA

Desde que comentamos las últimas cuen-
tas que dió al público, para satisfacción de
esto y de su conciencia, la Junta de go-
bierno del benéfico y consolador asilo en
que el pobre enfermo encuentra asistencia
caritativa y la salud del cuerpo, ha pasado
un año, pero no la caridad de Cartagena.
Esa hermosa virtud, que es la principal de
esta población, sigue dando sus frutos cada
vez más copiosos.

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

LA MUERTE BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 45

á un amigo del último, Zekher, Ivanovich, á quien
tancia muy favorable para Ivan Ilich, amigo de
este es conocido así en la casa á la que se refiere.
En Moscú oyó por primera vez la noticia de que
había llegado á San Petersburgo; fue á ver á Ivan Ilich,
vich, que le prometió una compensación en el momento
del Ministerio.
Cinco días después telegrafaba á su mujer: «Zavar-
el puesto de Miller: primer cambio, no hay más que
esperar.»
Merced al cambio de personal, Ivan Ilich obtuvo
tal ascenso en su carrera, que se encontró de un salto
dos grados más arriba que sus antiguos compañeros
y con un sueldo de cinco mil rublos y tres mil quinien-
tos para gastos de oficial.
Oyó en secreto contra los enemigos de la víspera y
contra el Ministerio, y se sintió completamente feliz.
«Volvió al trabajo, activo y jovial como hacía mucho
tiempo no estaba. Praskovia compartió su alegría, y
la paz se restableció entre ellos.
Refirió la honrosa acogida que había tenido en San
Petersburgo, la confusión de sus enemigos que, hechos
de envidia, buscaban ahora su favor, y el mucho caso
que de él se hacía en elevadas regiones.
Praskovia le escuchaba, aparentaba darle crédito,
no le contradecía lo más mínimo, y se alimentaba á

formar proyectos de instalación en la ciudad en que
iban á establecerse.
El reconocía con placer que los planes de su mujer
estaban contrariando los suyos, y que su vida, por
último momento desquiciada iba á ir á renovar su mar-
cha regular, de modo que se podía dignidad.
«Sólo había regresado por un tiempo! El 10 de Sep-
tiembre tenía que tomar posesión de su destino. Nee-
saba además algún tiempo para levantar la casa,
había muchas compras y encargos, en una palabra,
para instalarse como se había convenido entre su mu-
jer y él.
Ahora que todo se arreglaba perfectamente, y que
tudo bien se entendía con ellas, ahora sabiendo que tan-
do tardó en tardarse se veían, sus relaciones tomaron un
aire de cordialidad, que desde su matrimonio jamás
habían conocido.
Ivan Ilich había pensado al principio en llevarse
inmediatamente á su familia consigo, pero los ruegos
del hermano y de la cuñada, que de repente se trans-
formaron en amables y excelentes deudas, le obliga-
ron á marcharse solo.
Púsose, pues, en camino. El buen humor produci-
do por su triunfo y por la reconciliación con su mujer,
no le abandonó un instante. Encontró una casa mag-
nífica, precisamente como la habían soñado los dos:
salas altas y anchas y espaciosas, á la antigua, gabi-

rían imitar á las ricas, y que, en efecto, sólo habían
á imitarlas; tapices, cbanos, flores, alfombras, todo
ces de un tono ya oscuro, ya brillante, en una pala-
bra, todo lo que reúne la «gusto» de cierta clase para
parecerse á la de otra. En su casa todo parecía tan
bien, que había merecido una atención particular por
más que todo lo pareciese original.
«Fue á esperar á los suyos á la estación, y los acom-
pañó á la casa recién decorada y luminada, donde los
luchos, con cortinas blancas, les abrió la puerta del
vestibulo adornado con profusión de flores. Luego vi-
sitaron el salón y el gabinete, pasando á su lado
exclamaciones de sorpresa y preguntando si los que
le habían de orgullo, tales como radiantes de júbilo, se
iban enseñando todas las habitaciones.
«Aquella misma noche, tomando el té, Praskovia le
preguntó en el curso de la conversación cómo se iba
iba caído, y él se echó á reír y luego representó al
vivo la caída y el susto del capisero.
«Por algo soy yo en gimnasia. Otro se hubiera
quedado en el sitio; pero yo sólo me di un ligero gol-
pe, aquí; cuando me toco me agito pero ya se va
pasando. No es más que un cardenal.»
«¿Y cómo se va pasando?», preguntó él.
«¿Y cómo se va pasando?», preguntó él.
«¿Y cómo se va pasando?», preguntó él.
«¿Y cómo se va pasando?», preguntó él.